

Frente al radicalismo, conservador, en el caso de Durkheim, o revolucionario, en Marx, la moderna sociología funcionalista pretende haberse logrado liberar de todo criterio de valor. Sin embargo, su estrategia consiste, como señala agudamente Horton, en desplazar la fuente y la responsabilidad de la valoración fuera del observador, en una dirección conservadora.

Seeman, por ejemplo, analiza las distintas dimensiones de la alienación en el individuo según categorías estrictamente psicológicas. En este autor, apunta Daniel Vidal, el sistema social sólo aparece como un universo de referencia de las actitudes del actor.

En las teorías de alcance medio de Merton es el concepto de anomia el que sufre también un desplazamiento. Este sociólogo norteamericano define la anomia como la disfunción entre unos fines culturales, que en ningún momento pone en tela de juicio, y unos medios institucionalizados para conseguirlos.

Pero hay una tercera ideología de la objetividad científica que es la que pretende —véase, por ejemplo, Karl Popper— que los prejuicios a los que tiende indefectiblemente el científico como individuo pueden y deben ser corregidos por los modelos intersubjetivos de la comunidad científica. Con lo que se confunde, en cierto modo, consenso con objetividad.

Naturalmente, esta reseña no agota ni mucho menos los temas planteados por este libro, cuya lectura recomendamos a quienes todavía siguen creyendo en la posibilidad de una sociología por encima de cualquier juicio de valor. ■ JOAQUIN RABAGO.

Una nueva formulación del cristianismo

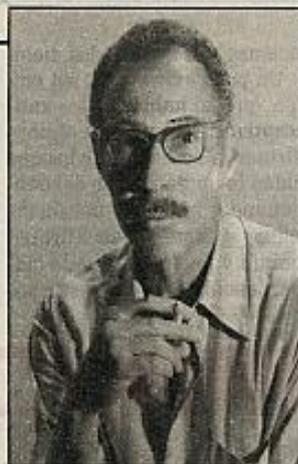
Una obra extensa escrita por 36 teólogos franceses, suizos y alemanes (de ellos, 19 católicos y el resto protestantes). Al final, tres se han ocupado de su última redacción, bajo la responsabilidad última de los que encabezan el título de este volumen tan cuidadosamente editado (1).

(1) J. Felner y L. Viseher: *Nuevo libro de la fe cristiana*. 750 páginas. Ed. Herder, Barcelona, 1977.

"Crónicas apasionadas"

Hay un periodismo que se consume apenas deja de ser noticia el tema que lo ha puesto en pie. Hay otro, sin embargo, que sobrevive como materia insustituible para conocer una época. Periodismo que nos conecta con una selección significativa de temas y con un modo de encararlos; que nos da, a la vez, el documento y su análisis, impregnados ambos, incluso cuando se contraponen, de una atmósfera política y cultural común. Se nos dirá que caben muchos análisis de un mismo acontecimiento; a lo que deberíamos añadir que todos ellos, si son inteligentes, cumplen la función de testimoniar por igual sobre la época.

Si este tipo de periodismo lo hace un hombre como Ricardo Lezcano, su valor es aún más inequívoco. Hombre de "talante liberal", como antes se decía, sensible a las injusticias de nuestro mundo y estudioso de sus más lúcidos diagnósticos, Ricardo Lezcano consigue, a través de un conjunto de artículos —en los que, más de una vez, las páginas de TRIUNFO han desempeñado el papel de estímulo—, darnos un punto de vista sobre una serie de fenómenos significativos. La calificación de sus comentarios como



Ricardo Lezcano.

"crónicas apasionadas" nos señala dos de sus características: la referencia a un hecho histórico e inmediato, y de ahí el término de "crónicas", y el compromiso del autor en su tratamiento, de donde vendría lo de "apasionadas". Aunque deba añadirse que ambos conceptos tienen en Lezcano una especie de inteligente medio tono, tanto a la hora de "descubrir" un hecho como a la de interpretarlo.

Aun nacido en Madrid, Ricardo Lezcano ha residido muchos años en Las Palmas, de cuyo Teatro Insular Canario fueron él y su hermano Pedro los principales animadores. Esta "experiencia canaria" quizá ayudaría a explicar la rica, y a veces irónica, distancia de Lezcano ante los temas, examinados con la lucidez de un observador.

En el volumen que comentamos —Editorial Helios, de

Las Palmas— aparece una selección de las crónicas publicadas, entre el 72 y el 76, en varios periódicos madrileños y canarios. Los agrupa en torno a los siguientes temas: Nuestra época, la cultura, la justicia, el erotismo, la familia, el hombre, la prensa, política española y política internacional. Aunque, bien mirado, el primero de los epígrafes podía haber servido de título general.

La "época" de los temas —72 al 76— no es del todo la presente; pertenece a sus inciertos albores, cuando, tras tantos años de mordaza y criptografía, las plumas comenzaban a solearse, a escribir sin rebozo sobre los incipientes semidesnudos de "Equus", a pronunciarse contra la pena de muerte, a defender a los objetores de conciencia, a denunciar la especulación del suelo, a condenar las injusticias económicas, a llorar el asesinato del diario "Madrid" a manos del mismísimo ministro, y a prestar atención pública a muchos temas largo tiempo prohibidos.

Ricardo Lezcano es un buen periodista y uno de los que templaron su civismo, su serenidad, su talento y su honradez cuando la autocracia y el servilismo eran el triste contrapunto de buena parte de la "información" nacional. Por eso vale la pena leer su libro. ■ JOSE MONLEON.

La obra está dividida en cinco partes, que abarcan los siguientes temas generales: El problema de Dios; Dios es Jesucristo; El hombre nuevo; Fe y mundo; y terminando por siete cuestiones que están hoy abiertas a la discusión entre las Iglesias.

El libro semeja a primera vista por su apertura al del discutido teólogo católico Küng, aunque no vaya tan lejos como él ni en el desenfado con que aborda los temas ni en su estilo. Estamos ante una obra de corte germano, y en gran parte de inspiración protestante, que puede ser aceptada perfectamente por un católico consciente. La de Küng ha sido en cambio el resultado de un pensamiento progre-

sista desde el punto de vista católico; y éste es un libro ecuménico que lo mismo puede servir a católicos que a protestantes, anglicanos u ortodoxos, pues les da a todos ellos una información completa de sus propias doctrinas, sin que en la exposición haya nada ofensivo para las otras tradiciones cristianas que en el libro están representadas.

La obra tiene —y era difícil de conseguir— una redacción unitaria, sin que se orillen por eso cuestiones delicadas entre una y otra confesión cristiana. Se consigue la sinceridad más absoluta, una fundamentación al día y un estilo vital inspirado en la Biblia, como suele ser propio de la tradición protestante.

Cada autor analizó también las partes redactadas por los demás, y sólo dio su visto bueno cuando sinceramente creía que los puntos de vista católico y protestante habían sido redactados con lealtad para unos y para otros. Carece la obra, por decisión explícita de sus redactores, de casi todo aparato crítico de citas y bibliografía, a diferencia del de H. Küng, "Ser cristiano". Pero tiene ésta que comento ahora mayor profundidad y sentido religioso que la de Küng, si bien se resiente a veces de menor fluidez y de un exceso de referencias y disquisiciones bíblicas que —en mi opinión— podían haberse puesto a pie de página, acortando así el texto para facilitar la